

52. Las fuerzas de la Suecia, casi aniquiladas en la batalla de Norlinga, se rehicieron con el valor y destreza de Bannier, Torstenson, Wrangel, y el formidable Bernardo, duque de Sajonia-Weimar, héroes todos formados ó perfeccionados en la escuela del gran Gustavo. Bannier, despues de haber derrotado en Wistock, ciudad de Sajonia, á los sajones é imperiales reunidos, tomó la fuerte plaza de Torgaw, con toda su guarnicion, que se alistó entre los vencedores. Fue admirable su constancia en luchar contra los elementos; no lo fueron menos sus marchas bien entendidas; atravesó una y muchas veces los rios á la vista de los enemigos, y recorrió todo el país como vencedor, en lo mas cruel de un invierno riguroso, á la orilla del Elba y del mar Báltico. El advenimiento de Fernando III al imperio, no causó alteracion alguna en la nueva fortuna de la Suecia. Este ilustre vencedor de Norlinga no pudo conservar á las armas imperiales la superioridad que las habia dado anteriormente con aquella inestimable victoria. En el país del Rhin, el duque de Weimar, á pesar del rigor del invierno, formó el designio de apoderarse de las cuatro ciudades inmediatas á la selva negra. A la primera embestida tomó á Louffemburgo y Sekingen, mientras otra parte de sus tropas entró en Waldshut casi sin resistencia. Rhinfeldt, que era mas importante y mucho mas fuerte, estaba ya casi rendida, sin embargo de las aguas y nieves de que estaba llena la trinchera, cuando los enemigos mandados por cuatro generales, cuyo gefe era el famoso

Juan de Werth, se presentaron á socorrer la plaza. Lo único que pudieron hacer fue introducir en ella trescientos hombres despues de un choque muy obstinado, que sostuvo el duque Bernardo con la menor parte de su egército, porque no habia podido reunir á tiempo los cuarteles; y aun así quedaron tan castigados los imperiales, que tuvieron que abandonar el campo de batalla. Pero no contento con una victoria imperfecta, é irritado aquel leon al ver que se le escapaba la presa, fue volando á alcanzarla. Tenia Werth tan poca idea de la rapidéz de aquel rayo de la guerra, que al acercarse la vanguardia enemiga, creyó que era una partida que iba á la descubierta; y habiéndose desengañado muy en breve, puso aceleradamente su egército en órden de batalla, é hizo la mosquetería una descarga furiosa, á que correspondieron las tropas del duque con otra tan de cerca, que mató ó desbarató á todos los enemigos que tenia delante. El temor y la derrota pasaron desde allí á todo el egército, y aun á la caballería, la cual se dió á huir sin haber disparado casi un tiro. Juan de Werth, abandonado y desarmado quedó prisionero muy á los principios, y en pocos momentos tuvieron la misma suerte todos los generales sin ninguna escepcion, con una multitud innumerable de oficiales subalternos. A esta victoria se siguió la toma de Rhinfeldt y de muchas ciudades de la Suabia.

Poco satisfecho el vencedor con estos triunfos, puso la mira en Brisack, plaza de la mayor importancia para ambos partidos, como que era la llave



de sus estados respectivos, esto es, de la Francia para los imperiales y del imperio para los franceses. Fue necesario desde luego tomar una porcion de plazas que defendian á estas, y en especial á Friburgo, capáz por sí sola de consumir un egército numeroso; y fue tambien necesario ganar casi otras tantas batallas campales. El general Gœutz fue el primero que quedó derrotado cerca de la aldea de Witemveir, por la mitad de un egército, que aun con la otra mitad ocupada en guardar las líneas hubiera sido inferior al suyo. Poco despues tuvo la misma suerte el duque de Lorena, y habiendo vuelto al combate, pasados algunos dias, con las tropas que pudo reunir, solo sirvió su obstinacion para aumentar su desgracia. Irritado el general Gœutz de su propia derrota, y lleno de impaciencia por desquitarse, volvió tambien con las tropas de refresco que le habia llevado Lamboi: disparó contra las líneas de los sitiadores con una artillería numerosa, atacó y les tomó algunos puestos, que al momento volvieron á ser tomados: los inquietó de dia y de noche, y mil veces intentó hacer riza en ellos, de suerte que fatigados los vencedores con la continuacion de sus victorias, les faltó poco para rendirse al peso de sus laureles; y si por último lograron disipar á sus obstinados rivales, fue por una fuerza de alma y de valor, que por decirlo así, hacia que mudasen de naturaleza los cuerpos que animaba. El general Goltz, sucesor de Gœutz, á quien habia condenado el Emperador á una indigna prision, léjos de remediar las desgracias pasadas,

huyó luego que supo que el duque, tantas veces triunfante, iba á buscarle á toda prisa. Por fin, se rindió la plaza de Brisack, sin haber sacado otro fruto de aquellos funestos socorros, que una resistencia desesperada y una hambre tan horrible, que iban los habitantes á los cementerios á desenterrar los muertos y devorar los huesos descarnados.

El general Torstenson, que se hallaba en Bohemia, adonde habia acudido el Emperador, comunicando á sus tropas con su presencia una actividad que fatigaba prodigiosamente á los suecos, las acometió con celeridad, arrolló la caballería al primer choque, é hizo un destrozo bastante grande en la infantería, despues de lo cual pelearon unos y otros, no para conseguir algunos laureles infructuosos, sino para ganarlo ó perderlo todo. Se suspendió la batalla con la obscuridad de la noche, pero volvió á renovarse al dia siguiente. En vano pelearon los imperiales con mayor obstinacion que en ningun otro tiempo, pues solo sirvió su resistencia para dar una victoria mas completa á los suecos, á vista del Emperador, el cual se retiró consternado á Viena. Fue tan grande el terror en los paises hereditarios de la casa de Austria, abiertos al enemigo con esta sola victoria, que los habitantes huyeron á bandadas á buscar un asílo en Italia. Para contener la desercion, se vió precisado el Emperador á prohibirla con las penas mas rigurosas. Sin embargo (¡rasgo memorable de la religion de este Príncipe)! sostuvo la egecucion del edicto que habia espedido á principios del año 1645



para desterrar de sus dominios todo ejercicio de la religion protestante, sin temer el resentimiento de los suecos, no menos ardientes en el error que en las conquistas.

El general Mercí reanimó poco despues las esperanzas de Fernando, derrotando en Mariendal al mas famoso de los generales franceses, á Turena, que hasta entonces estaba reputado por invencible. Pero este héroe se desquitó en la misma campaña y en el mismo teatro de la antigua gloria de Fernando. Turena y Condé, reunidos en los campos de Norlinga, tan funestos en otros tiempos á la Suecia, lavaron la afrenta de sus aliados en la sangre del enemigo comun, y convirtieron aquel monumento de tristeza en un monumento mas duradero de triunfo. Turena y Wrangel, general sueco, consiguieron tambien en Sommerhausen, cerca de Augsburgo, una victoria que, cuando menos, acabó de restablecer el equilibrio entre las dos naciones.

53. ¡Pero cuántos obstáculos habia aun que vencer para ajustar la paz general, para conciliar tantos intereses contrarios, y sobre todo para reunir los ánimos. La religion, á la cual debemos limitarnos ó referirnos principalmente, ofrecia un obstáculo terrible para la política mas consumada, desde que las confederaciones y las armas protestantes contrapesaban en el imperio el resto de sus fuerzas. Cuando el luteranismo estaba en su origen, léjos de aspirar á los títulos y posesiones de la Iglesia, se contentaba con que se le tolerase. Tuvo á gran favor el haber

conseguido en Augsburgo el famoso *Interim* que suspendia el decreto de su proscripcion, y aun mas la transaccion de Passau, con la paz de religion que permitia á sus sectarios el ejercicio de su nuevo culto, segun la confesion de Augsburgo. Pero este es el carácter de las sectas: tímidas y abatidas en su infancia, apenas adquieren algun incremento, se llenan de orgullo y arrogancia, y calculan sus pretensiones por la medida de sus fuerzas.

Los novadores de Alemania habian convenido por los tratados mas solemnes en que los prelados y todos los beneficiados católicos que abandonasen la religion romana para abrazar la de ellos, quedasen por el mismo hecho obligados á dejar sus beneficios. Luego que creyeron poder refringir los tratados y las leyes, empezaron á codiciar los bienes y las dignidades de la Iglesia. Atropellando entonces el derecho de gentes, que tanto habian reclamado, invadieron con espada en mano las mas antiguas posesiones de la Iglesia, y convirtieron contra ella sus propios bienes. Fernando II habia tratado justamente de reprimir este latrocinio sacrilego con su famoso edicto de restitution; pero mezclando sus intereses particulares con los de la Iglesia, y atentando contra la libertad del cuerpo germánico, habia puesto en cuidado á las potencias vecinas, y hecho del imperio el teatro de la guerra, con todos los disturbios y desórdenes que llegaron casi á aniquilarle. En este tiempo de confusion fue cuando los sectarios, no contentos con volver á la posesion de los bienes eclesiásticos



que se les habia obligado á restituir, usurparon otros infinitos derechos y bienes, que siempre habian estado en manos del clero católico, y mirándolos ya como conquista suya y como un patrimonio inengenable, trataban de vejacion y de tiranía los esfuerzos que hacian los católicos para adquirir sus propiedades, ó para poner algun límite á las usurpaciones. De aquí las quejas y clamores con que aturdián toda la Alemania: de aquí los agravios (como ellos decian) que presentaron á toda prisa en diez capítulos á los plenipotenciarios de Westfalia, tres años antes de que se pudiese convenir nada.

Pedian en sustancia, á pesar de los edictos y tratados contrarios, que á los prelados y demás beneficiados que pasasen de la fe católica al luteranismo, no se les privase de sus beneficios; que los bienes de la Iglesia situados en territorio de los luteranos, estuviesen sugetos á la jurisdiccion de éstos; que todos los estados llamados evangélicos tuviesen un derecho ilimitado de ordenar y reformar la religion en toda la estension de sus territorios; que los evangélicos percibiesen libremente las rentas, diezmos, pensiones y limosnas fundadas en los estados católicos para los curatos, monasterios ú hospitales que poseian los protestantes; que ni el Papa, ni ningun prelado de la comunión romana, tuviesen ninguna especie de jurisdiccion, sobre cualquier persona que fuese, en el territorio de los estados evangélicos; que en las asambleas del imperio no se atendiese á la pluralidad de votos cuando se tratase de asuntos de religion,

sino que el partido de los evangélicos, aunque menos numeroso, tuviese una autoridad siempre igual á la de los católicos; y en fin, que en las diputaciones ordinarias del imperio, aun cuando no se tratase de religion, fuese perfectamente igual el número de los diputados de los dos partidos. Claro está, que aquellos ambiciosos sectarios querian una igualdad perfecta entre ellos y los católicos, á los cuales despojaban de este modo de todo lo que se atribuian á sí mismos: y podemos asegurar tambien, que no queriendo que se atendiese á la pluralidad de votos en las asambleas del imperio, solo pretendian que reinase en ellas el desórden y la confusion.

No satisfechos ni aun con la igualdad, aspiraban á arruinar insensiblemente la religion antigua con sus supercherías y perjurios, pues disimulando su creencia hasta recibir las órdenes sagradas para obtener las prebendas y prelacias, se quitaban despues la máscara y volvian con ellas á su secta, y ésta proponia nuevas condiciones y nuevas fórmulas de juramento para que los católicos no pudiesen volver jamás á poseerlas. Se atribuian tambien una superioridad manifiesta sobre los eclesiásticos de la religion antigua, pues si éstos se casan, están obligados á dejar sus beneficios; pero á ellos su propio matrimonio, ó por mejor decir, su concubinato, léjos de inhabilitarlos para los beneficios, los hacia mas dignos de ellos, segun las máximas de su impura reforma. Asimismo, cuando ellos no querian que los estados católicos, ni aun los eclesiásticos, tuviesen el egercicio de su



religion, en cuanto á lo espiritual, sobre todos los súbditos de su propio territorio, ellos se atribuían el derecho de obligar á todos sus vasallos indistintamente á abrazar y profesar sus errores. Igualmente negaban á los católicos las rentas que les pertenecían en territorio protestante, y ellos pretendían percibir el producto de sus beneficios, aunque estuviesen situados en territorio católico. Llegaron sus pretensiones hasta el extremo de pedir que se suprimiese la cámara imperial, con todos los demás tribunales de justicia del imperio, y que en su lugar se estableciesen cuatro cámaras nuevas y supremas, cada una en su distrito, compuestas de igual número de católicos y protestantes.

Los suecos, no menos intrépidos en punto de religion que los Príncipes protestantes de Alemania, decían públicamente, que el equilibrio de las dos religiones en el imperio, era la única cosa que podía dar á la paz la seguridad y permanencia necesaria; de donde inferían que debía establecerse la igualdad, así en el colegio electoral, como en la cámara imperial y en el consejo áulico: celo de secta, que, aunque poco sincero en la realidad, al fin cohonestaba ventajosamente el designio que tenía aquella nación de estenderse fuera de sus tierras heladas, y de proporcionarse en Alemania un establecimiento que la diese mas autoridad é influjo en Europa, á cuyo fin contribuía mucho el ardor que mostraba por la defensa de la religion protestante y de la libertad germánica. Además de la hermosa provincia de Pomerania,

querían que se les cediesen las diócesis de Brema, Werden, Halberstad, Osnabruck y Minden, é insistían con particular empeño en este artículo, porque era directamente contrario á la Iglesia, y hallaba mejor acogida en los Príncipes protestantes del imperio. La Francia, aunque fiel aliada de los suecos, no podía apoyar semejantes proposiciones sin hacer traicion á la fe que profesaba, y desacreditarse entre todos los católicos. Sus ministros hicieron presente á los de Suecia que sabían muy bien que la religion no tenía ninguna parte en la alianza de las dos coronas, y que el único objeto que siempre se habían propuesto era reparar los estados del imperio, oprimido por la casa de Austria, dejando la religion en el estado en que se la encontrase: que era de temer que muchos Príncipes católicos, que, bajo la palabra del Rey Cristianísimo, habían mirado la guerra de Alemania como una mera guerra de estado, se indignasen cuando viesen tan manifestamente ofendida la religion romana: que en todo evento siempre padecería mucho la reputacion de aquel Monarca; y que los españoles habían empezado ya á desacreditarle en Roma, á causa de su alianza con una potencia protestante (\*).

(\*) Felipe IV, que había sucedido á su padre Felipe III en 31 de Marzo de 1621, á pesar de sus bellas cualidades y grandes virtudes, no siempre tuvo favorable la suerte de las armas. Ganó muchas batallas; conquistó varias plazas; pero al fin de sus expediciones siempre salía perdiendo, ó bien por el ardor con que abrazaba la guerra, ó bien por una táctica mal entendida. La liga que acababa de formar el cardenal Richelieu contra la casa de Austria, al frente de